

- » ¡¡ No hubo brindis !!
 - » ¡¡¡ Pero hubo pelos!!!
 - » No asistió al banquete R. González, crítico reputadísimo que llama á Rossini de tú.
 - » Si hubiese ido González, la *rapadura* hubiera sido de « gran circulación ».
 - » Porque si es verdad que Gómez Carrillo, con tener mucho pelo, no tiene ni uno de tonto, á R. González le sucede todo lo contrario.
 - » Tiene muchos y de todos. »
- Ya ve usted, pues, que no tengo misterios para usted.

*
* *

MARTES. — Vuelvo del Louvre, de la sala japonesa, y después de admirar en los originales lo que antes había admirado en reproducciones, encuentro más justas que nunca mis antiguas notas sobre los maestros del Extremo Oriente. Las encuentro justas y las leo de nuevo :

Los europeos han conocido tarde la pintura japonesa, y si no fuera porque últimamente ha habido en Francia algunos talentos vigorosos que la han envuelto en el gran soplo de pasión con que nuestro siglo acaricia al arte todo, tendríamos que decir : tarde y mal. — En efecto, los hombres más curiosos de hace treinta años, no supieron sino que en el Extremo Oriente había una industria elegante y casi artística ; que las lacas allí trabajadas eran exquisitas ; que las persianas decorativas que allí se fabri-

caban eran luminosas como vidrieras de antiguas catedrales. Y todos confundían, en su admiración exótica, el arte japonés y el arte chino. Los paisajes de Korin se colocaban, en los museos, al lado de los paisajes primitivos del Celeste Imperio ; los aficionados no encontraban diferencia notable entre los dragones fabulosos de Hokousai, por cuyas escamas perfectas corre un gran escalofrío de plata, y los monstruos informes, hijos del opio y de la industria, cuyas cabezas sin armonía, coronadas de crestas y de melenas hirsutas, tiemblan en los extremos delgadísimos de cuellos inverosímiles. Theophile Gautier celebraba con desdén la « inteligente curiosidad de las razas asiática », y monsieur de Chesneau decía, refiriéndose á los artistas y á los obreros japoneses : « Nadie ha llevado tan lejos el *diletantismo*. » Es porque todos ignoraban entonces que en el país de Nipón había florecido un genio secular, Hokusai, enamorado de la luz, fanático de la línea, y capaz de decir en un momento de clarividencia : « A la edad de seis años empecé á copiar formas y objetos ; á los cincuenta publiqué una infinidad de dibujos ; mas nada de lo que produje antes de los setenta me parece digno de mí, pues sólo creo haber comprendido las formas, unos trece años más tarde... Tengo, sin embargo, la esperanza de que cuando llegue á los ciento diez de edad, todo lo que salga de mi pincel, ya sea un punto, ya sea una línea, será viviente... »

Y Hokusai no careció en su patria ni de rivales ni de discípulos. Outamaró fué tan grande, tan apasionado como él ; y aunque ni sus temperamentos ni sus tendencias tengan punto alguno de contacto,

ambos son verdaderos maestros, comparables, desde cierto punto de vista, á nuestros Velásquez y á nuestros Leonardos.

Hokusai representa la escuela naturalista del Japón. Su sueño dorado consistía en producir sensaciones de realidad; su culto era la vida. Como Pérez Galdós se pasaba las horas en la ventana viendo discurrir, con el mismo interés, á los ricos y á los pobres para estudiar los gestos orgullosos y las miradas indigentes; como Alphonse Daudet seguía por la calle á los transeúntes, para examinar los movimientos y para sorprender, en todas sus faces, la vida exterior de los seres humanos. Un mendigo sentado al borde de un estanque, era para él modelo precioso; y nada le parecía tan digno de observación, como el esfuerzo atlético del brazo que rige un martillo. Su naturalismo, sin embargo, es mucho más grandioso que nuestro naturalismo europeo, porque jamás copió sino los detalles que producen una sensación sintética. El agua que encuadra su « Pez Nadando », no está compuesta más que de veinte líneas onduladas, pero aun siendo un simple esquiso, hecho para ilustrar las poesías de Tô, tiene un aspecto de inmensidad que asombra: á través de esa onda oscura, se ve todo el mar agitado y luminoso del Extremo Oriente. Cualquiera de sus paisajes diminutos, un ramillete de árboles ó una roca aislada, hacen pensar en las llanuras de Yezo ó en las montañas de Fusiyamá. Todos sus personajes — navegantes ó guerreros, mendigos ó burgueses — son fragmentos de humanidad, que evocan, con sus actitudes y con sus gestos, la humanidad, entera. Y sus estampas é ilustraciones son siempre escenas

breves y firmes, interpretadas por un lápiz atrevido. « Pintor de costumbres como nunca los hubo — dice Geoffroy — Hokusai miró la vida de un modo verdaderamente filosófico y personal, agregando á la representación de los seres, su sencillez maliciosa y sus grandes osadías. Fué un colorista armonioso, un dibujante nervioso, distinguido; y también fué un realista, porque pintó escrupulosamente los paisajes y los efectos, pero su realismo voló siempre muy lejos, muy arriba, buscando sin cesar la esencia de la cosas y las causas de los fenómenos ». Sí; el autor de « Paseo en el agua » y de « Vieja mendiga », fué un leal intérprete de la naturaleza, mas también fué un artista épico y visionario. — Es el Miguel Angel del Japón.

Comparado con Hokusai, Outamaró resulta pálido y casi amanerado, sobre todo desde el punto de vista de nuestra estética europea. Sus heroínas no tienen ni gran elasticidad ni gran desenvoltura; pero son esbeltas azucenas de carne, flores hieráticas de ensueño, que seducen, con sus rasgos perfectos, con sus formas mórbidas, con sus gestos enfermizos y con sus matices sentimentales, como las figuras de los Primitivos. Si fuese necesario buscarle un rival europeo, habría que recurrir á esos artistas italianos que florecieron antes del Renacimiento, ó á los maestros franceses de Fontainebleau. Pero más vale considerarlo solo, aislado, como producto singular del idealismo nipón y como pintor sin rival de las *casas verdes*.

A veces sus figuras de mujer tienen algo del andrógino fabuloso, y entonces su encanto consiste en la confusión frágil y malsana de los sexos, en la

mezcla de gracia agonizante y de fuerza que nace. Pero lo que con más frecuencia aparece en sus lienzos, sobre el fondo decorativo de sus escenarios, es la cortesana espléndida, cubierta de oro y seda. Su pincel tuvo siempre, para la Venus Pecadora, caricias de amante y complacencias de apasionado. Hasta las telas, hasta los adornos están allí pintados con amor, y tienen coloraciones luminosas y sobrenaturales. Outamaró el es más rítmico, el más armonioso, el más original de los pintores japoneses: su dibujo es siempre admirable, su estilo siempre donoso; y en cuanto á conocer los misterios del color y del matiz, nadie le gana — ni Eishi, ni Kiyonagá, ni siquiera ese delicioso Toyokouí, cuyos retratos de actores son verdaderas obras maestras de movimiento y de vigor.

Mas para saborear todo el encanto de sus cuadros y de sus grabados, es preciso conocer el mundo de sus modelos. Las « casas verdes » del Japón no ofrecen ningún parecido con nuestras « casas verdes » de Europa. El que desea entrar en ellas, tiene necesidad de ajustarse á la etiqueta de un ritual solemne. Pierre Loti lo sabe por experiencia: la primera visita es una simple presentación cortés, en la cual el pretendiente no goza de ningún privilegio galante; la segunda ya es más amistosa; pero la cortesana sólo concede sus favores á la tercera. « Al atravesar el umbral — dice Ginisti — el huésped cambia su traje por un uniforme cuyo objeto es abolir las categorías y hacerlos á todos iguales, ante el Amor. Luego, si el visitante está contento de la bella que lo recibe, la entrega un pañuelo de seda bordado y blasonado. Para corresponder al regalo, los servi-

dores de la cortesana le ofrecen una caja cubierta de ramas simbólicas de bambú, de pino y de ciruelo. Para recibir el precio en metálico, que allí se llama « ramillete », hay empleados especiales que presentan, con gran discreción la cuenta, pues dar un escudo á la cortesana sería insultarla ». — Las habitaciones de esas vígenes locas y refinadas, son pabellones muy ligeros, edificados en medio de inmensos jardines. Algunas grandes amorosas que fueron al mismo tiempo poetisas sentimentales, han dejado piezas de antología que revelan el carácter y la sensibilidad de todas las mujeres que viven en el barrio Yoskiwara de Yedo. « La luna — dice la cortesana Kumai — no me parece bella sino cuando estoy acompañada. Estando sola, el gran disco de plata no me inspira más que sentimientos de ternura y de tristeza. » Y la cortesana Azuma se pregunta: « ¿ Quién gozará hoy, en este mundo pasajero, de mi dulce ser y de mi cuerpo flotante? »...

El autor de la « Salida Nocturna » fué, para esas elegiacas lascivas, el mejor pintor y el mejor amigo. Tanto las quiso, en realidad, que sus caricias apasionadas y sabias lo consumieron y lo mataron.

Outamaró y Hokusai — discípulos ambos de la escuela vulgar — florecieron en el siglo xviii. El primero dejó de pintar en el año 1800, y aunque el segundo no haya muerto sino en 1840, sus obras principales estaban ya concluidas á principios de 1811. El siglo xix — tan fecundo para otras naciones en espíritus vigorosos — no ha producido en el Japón muchos pintores dignos de suceder á los grandes maestros de la escuela del viejo Tokugaba. « Hoy — dice monsieur Luis Gonse — el Japón ya no

crea; se contenta con imitar. La revolución de 1868 es la fosa que separa el arte de esencia puramente japonesa, de este arte híbrido que sólo se preocupa de la exportación y que sacrifica su talento en aras del gusto europeo ».

No obstante, más de cinco años después de la fecha marcada por el autor de la *Arquitectura Gótica*, aun trabajaba en Tokio, un artista verdadero, robusto, genial, que fué, al mismo tiempo, el literato más distinguido y más docto de su tiempo.

Me refiero á Kikoutshi Yosai. — Siendo rico de nacimiento, pudo comenzar sus estudios en el taller legendario de los Kano, donde el buen Yeujo le enseñó á dibujar con naturalidad y elegancia. Sus obras definitivas, sin embargo, no se resienten de esa primera influencia, sin duda porque su temperamento y sus aficiones lo hicieron caminar con más gusto por la ruta nacional y aristocrática de Tosa que por el sendero, aún lleno de flores chinas, que la dinastía de los Kano abrió al arte japonés en el siglo xvii. En realidad, Yosai no procede directamente de ninguna escuela. Su estilo es personal y ecléctico, producto vigoroso del estudio de todos los maestros y de la propia reflexión. Más que pintor fué dibujante: las coloraciones violentas le chocaban y el principal atractivo de sus estampas consiste en el arreglo sabio del asunto y en la correcta armonía de las líneas. « La Princesa del Japón » es un poema diminuto y gracioso, en el cual todos los perfiles, todos los rasgos son necesarios; en donde no sobra ni un punto ni una mancha. Y « Shikava Toshitaron » es una figura, vista de espaldas, de una belleza matemática. ¡Lástima grande que nunca se

haya expuesto en las exhibiciones japonesas de París su *Zenkew-Kojitson*, obra maestra que contiene los retratos de todos los héroes y de todos los sábios nipones, y que valió á su autor el nombramiento de Primer Pintor del Imperio!

*
* *

DOMINGO. ¡Oh, los yankees!

Los Estados Unidos fueron un gran país, en otro tiempo. Sus jamones eran excelentes; sus maquinarias no tenían rival y sus minas parecían inagotables. Sus habitantes mismos gozaban en el mundo entero de cierta fama, no como elegantes ni menos aun como sutiles, sino como trabajadores y honrados. Y quieta entre sus dos océanos, la gran República vivía holgadamente salando puercos y fundiendo ruedas. Cuando quería mostrar su heroísmo linchaba á un negro, y cuando deseaba hacer ver su genio artístico construía una casa de veinte pisos.

Pero un día se le ocurrió salir de casa y enseñar su diplomacia y enseñar su literatura y enseñar á sus mujeres.

De la impresión que en Europa causa su diplomacia — en mangas de camisa — todos los diarios nos hablan á cada instante. De sus mujeres para la exportación — también en mangas de camisa — sería peligroso hablar en esta revista, que tiene el honor de contar entre sus suscritores al reverendo obispo de Mallorca.

Contentémonos, pues, con hablar de su literatura,

ó, mejor dicho, de lo que París piensa de su última manifestación literaria.

Mister Williams Gillett es, hoy por hoy, el mejor y el más famoso dramaturgo americano, algo como un Shakespeare de Chicago ó un Calderón de Nueva York. Los títulos de sus obras llenan los programas de los teatros yankees y ni hay « mis » que no suspire por él, ni « clergimen » letrado que no le admire.

Sus compatriotas quisieron, pues, hacerle conocer en el universo entero, y á fuerza de oro y de promesas lograron que Pierre Decourcelle — otro genio que merecía ser de Chicago — tradujese é hiciese representar en París su obra maestra, *Servicio Secreto*.

¡ *Servicio Secreto* ! Ninguna obra dramática, ninguna candidatura socialista, ningún productó químico fué jamás anunciado en la capital de Francia con tanto lujo y con tanto ruido... Ningún drama de Sardou fué nunca esperado con tanta impaciencia por los parisienses... ¡ *Servicio Secreto* ! ¡ *Servicio Secreto* !... Y durante las semanas de ansiedad que precedieron la representación, el boulevard y los boulevares y los cafés y las tertulias, no oyeron hablar sino del gran drama americano.

La noche de « la primera » llegó al fin. En la « Renaissance » no cabía la gente: las bustacas valían veinte duros. La crítica toda esperaba anhelante. — Sardou temblaba por su crédito y Bartholdi preparábase á hacer un monumento más grande que la estatua de la Libertad para perpetuar la gloria de mister Gillett.

La representación principió.

Maxwel, espía de los del Norte, logra ganar la confianza del general de los del Sur y se hace nombrar telegrafista para conocer las órdenes secretas que van y que vienen. La hija del General se enamora locamente de Maxwel. Maxwel continúa telegrafinando.

El jefe de la policía, sin embargo, le sigue muy de cerca y desconfía de él. ¿ Por qué desconfía de él ? Porque sí. De pronto llega un hombre á ofrecer sus servicios á los del Sur y el de la policía adivina que es un hermano del telegrafista. Por medio de un enredo, les pone en presencia uno de otro; pero el recién llegado adivina á su vez que su hermano se encuentra en un aprieto y le dice: « Mátame para que no sepan que somos parientes »; el telegrafista obedece; y triunfante, habiendo confundido al hombre de la policía, continúa telegrafinando y dejándose adorar. La gran batalla se prepara: el general da la orden de atacar á los del Norte, que se encuentran en tal sitio; el telegrafista va á telegrafiar lo contrario, pero no bien ha puesto la mano en el aparato, cuando una bala de revólver le hace volver la cabeza y perder una pierna. Es el hombre de la policía que, adivinando sus intenciones, quiere matarle. Pero no le mata. Luego quiere hacerle prender y lo consigue; en seguida le registra los bolsillos y le encuentra un documento que le compromete. « Que le fusilen. » Mas no le fusilan, porque en ese instante la hija del general entra con una carta del Presidente de los del Sur, diciendo que el telegrafista es sagrado. Y la batalla se da, y los del Sur son derrotados, y Maxwel es prendido de nuevo, y van á fusilarle. Uno cree que ya le han fusilado. No: ese hombre es infusi-

lable: no le fusilan; ¿por que? Porque es un mal espía...

Eso, según dicen, es un drama emocionante en Nueva York y toda la crítica de Chicago está de acuerdo para calificarlo de admirable.

En París los críticos no están de acuerdo sobre el asunto.

Faguet cree que es « una farsa estúpida »; Sarcey, que es « una tontería tonta »; Mendés, que es « una cosa inepta »; Bauer, que es una « pieza necia ».

El más amable, pues, es Bauer, que lo llama « pieza »...



MARTES. — Nakens, mi querido, y admirado, y admirable Nakens, me escribe :

Querido amigo Carrillo : Me pide usted un artículo para *La Campaña*. Ya se lo enviaré. Hasta tanto ahí va algo á cuenta.

» Que usted tiene talento, lo dicen todos ; y que el talento se impone, sabido es. ¿ Por qué no influye usted con los amigos que le haya deparado su talento para prestar un gran servicio á las letras patrias ? ¿ En qué sentido ? Recabando del gobierno francés una orden que impida en absoluto la introducción en España de periódicos, revistas, libros y obras teatrales, durante un par de años siquiera. Y si usted lo consigue, tendrá derecho á una estatua en vida, y muerto, á este epitafio :

» ENRIQUE G. CARRILLO,

» *Salvador de la literatura española.*

» ¡ Qué plaga amigo Carrillo, qué plaga de idiotas inverosímiles nos ha traído la facilidad de traducir del francés, sin estilo ni propiedad las más de las veces ! ¡ Y si se resignaran á pasar simplemente por traductores los que tal hacen ! Pero ¡ quiá ! Originales y muy originales se creen todos. Se ha dado el caso de haber dos traducido un artículo en un mismo día (el día que llegó el original á Madrid) y al siguiente aparecer ambos en diferentes periódicos, firmados como de propia cosecha. Ni gallinas, ni variedad de guiso en los huevos. Hasta los gitanos, gentes poco escrupulosas, guardan más atenciones á la honra profesional ; roban burros, pero los transforman de tal manera, que no los conoce ni la mamá que los parió.

» ¿ Cree usted exagerado lo que le digo ? Haga esta prueba. Haga un certamen de artículos originales (?) para *La Campaña* y se encontrará con varios idénticos, en el fondo y en la forma, firmados por distintos genios.

» ¿ Qué resulta de esta manera de escribir ? Que casi ninguno de los que hoy bullen tiene estilo propio, hasta el punto de ser casi imposible decir al leer un escrito sin firma : « Este es de Fulano ».

» Por todas estas razones convendría que hiciese usted lo que le digo : mas si, como sospecho, no le fuera fácil, dedíquese usted, que tanto lee de lo que ahí se produce y aquí se reproduce, á la caza de *matuteros* literarios, y favorecerá al par á la literatura

yal gremio de ultramarinos; á ella, limpiándola de ladrones, y á él endosándose los. Bien mirado, no cambiarían de profesión: si ahora traducen el buen francés al mal castellano, después traducirían la manteca al sebo, el Chinchón al amílico, el aceite de oliva al de cacahuet, etc., etc. Genio y figura...

» Dispéñeme usted, amigo Carrillo, que en vez de literatura le haya dado verdades, producto que tiene hoy algún mérito por lo que escasea.

» NAKENS. »

*
*
*

MIÉRCOLES. — « La opinión de los más ilustres contemporáneos sobre la muerte »... El título es macabro. Y los contemporáneos ¿que dicen? Algunos, como es natural, no hablan nunca de Nuestra Señora del Fin, sin acordarse de los poemas índicos. « El Amor y la Muerte — dicen — son hermanos: el primero da la vida; la segunda la suprime. Porque la muerte es el fin necesario de todo acto y de toda forma del Ser. Sin ella el mundo sería insensible, inmóvil, y vacío de sentimentalidad. » Otros no conciben la idea del « no ser » sino desde el punto de vista católico.

Mas por fortuna la mayoría sigue aún siendo sincera consigo misma y dice lo que piensa, según su estado de alma momentáneo.

El que más franco, más filosófico y más de acuerdo consigo mismo me parece, es Alfonso Daudet.

— ¿Qué piensa usted de la muerte? — le preguntó alguien hace pocas semanas.

Ante tal pregunta, el erudito y el literato desaparecieron para dejar hablar al epiléptico que vive sufriendo y que sin embargo desea seguir viviendo.

— ¿Qué piensa usted de la muerte?...

El maestro, envejecido y pálido, mira temerosamente en torno suyo y contesta:

— ¡Silencio!

Eso es; callémonos; tratemos de no verla, no nos acerquemos á su antro misterioso, para poder gozar de la existencia sin pensar en dormirnos para siempre ó en despertarnos definitivamente del sueño de la vida.

— ¡Silencio!

Pierre Loti también ha sabido expresar sus ideas en una frase lapidaria.

« La muerte — dice — es una cosa que depende de los días. »

No sé si todos mis lectores comprenden del mismo modo esas diez palabras; pero yo de mí sé decir que veo en ellas una filosofía completa del diletantismo sentimental. — « Eso depende de los días. » A veces la muerte se presenta como la libertadora eterna; á veces como la que ha de robarnos lo dicha pasajera; á veces como una imagen vaga y lejana que no significa cosa alguna; en resumen, no es nada y es mucho, como la Virtud, como el Amor, como la Maldad, como todas esas entidades ideológicas de las cuales nuestra manera de sentir puede hacer una abstracción fría ó una pasión verdadera.

« La muerte es un Término del cual las religiones se obstinan en hacer un embarcadero. »

El que habla así es Pierre Véron, director del *Charivari*, escritor que estuvo á la moda hace cincuenta años, sombra pálida de los enciclopedistas, lector sin talento de la *Vida de Jesús*, alma en pena del positivismo, cronista moderno que no oye la campana que suena del otro lado de la montaña, triste remedo, en fin, y vil escritor.

Dejémosle á un lado y oigámos á un artista cuya opinión será la más simple y la más enérgica respuesta á todo lo que es materialismo sin entusiasmo y fe sin convicción :

« El Espíritu Creador, sea quien sea, — dice Rosa Bonheur — no ha querido que los mortales posean en vida el secreto de la Muerte, para dejarnos libres de juzgarla según nuestra conciencia; pero en verdad os digo que nada podemos asegurar sin mentirnos á nosotros mismos y que nada debemos pensar sin caer en pecado de orgullo. »

Ahora viene un idealista. Se llama Arsene Housaye. Sus primeras obras aparecieron al mismo tiempo que *Las Orientales* y las *Hojas de Otoño* de Víctor Hugo. Su barba blanca, su palabra bondadosa y su gracia inagotable, le han convertido en un partiarca literario de las elegancias parisienses.

Poned atención en su discurso y decidme si no hay en él algo de la frescura vital del paganismo y mucho de la melancolía consoladora de los sermones cristianos.

« La muerte no es una puerta que se cierra sino una puerta que se abre. La vida presente está iluminada por la vida futura. La muerte es menos triste que el destierro, puesto que la tumba no es sino la puerta que se abre ante la nueva patria. La

muerte no ejerce acción devastadora sino sobre la obra de la naturaleza; contra el alma es impotente; porque el alma es obra de Dios. La tumba no roba la luz. Si la tumba tiene una majestad de misterio, es porque no contiene la nada. La noche de la tumba tiene una aurora. La muerte levanta la cubierta de plomo bajo la cual las alas de Psiquis se pliegan dolorosamente. Al muerto que pasa es necesario saludarlo como al viajero que se va. La muerte, lo mismo que la vida, es hermosa, porque indica la acción. »

Montaigne, el buen filósofo de los *Ensayos*, habria dicho lo mismo de una manera más sencilla. Lamartine también hubiera hablado de un modo idéntico, pero con palabras más líricas.

¿ Queréis oír á un hombre ingenioso? Ved lo que piensa Henry Meilhac, el autor de la *Périchole*, el amigo de Ludovic Halévy, el colaborador de Offenbach, el parisiense por excelencia: « Si antes de la muerte no hubiese la vejez, la muerte sería horrible; pero la vejez, con sus dolores, nos hace desear el consuelo de la muerte. En el mundo los únicos desgraciados son los elegidos de los dioses ó sea los que fallecen jóvenes. »

I-9-1910. ** ¡Llega Berto! 5¼
P.M. domingo. Saltillo

MIÉRCOLES. — Jean Lorrain principia su última crónica con las palabras siguientes :

« Oui, il est un pays plus sale que l'Espagne, il est une population plus guenilleuse, plus sordide et

plus quémándose que celles de Pampelune et de Saragosse, il est une ville aux faubourgs plus grouillants de vermine, de fillasses et de mendians que Madrid ou Barcelone, et cette ville est Naples. »

Como opinión singular, como genialidad de viajero en busca de frases originales, estas líneas del autor de *Songeuse* no tendrían importancia ninguna. Pero lo malo es que no expresan una opinión aislada, sino que son el resumen de las ideas que todos los artistas franceses, ingleses y alemanes se forman de España.

Muchos literatos parisienses á quienes Blasco llama diariamente « queridísimos amigos » me han hablado de España como de una nación llena de piojos, de mendigos, de toreros y de salteadores.

— ¿Pero conocen ustedes España? — les he preguntado.

— Sí, — me han dicho, — por los libros, por los amigos que han atravesado los montes.

— ¿Y Blasco no les ha dicho á ustedes algo sobre la España moderna?

— ¡Blasco?... ¿Quién es Blasco?

Naturalmente, yo no he querido hacer una conferencia para explicarles que Blasco es uno de nuestros más amenos, más brillantes y más populares escritores. Los parisienses no pueden creer que en Madrid haya un solo literato *moderno* en el verdadero sentido de la palabra. Para ellos nuestra literatura principia en Cervantes y termina en Calderón. Los escritores castellanos que no hacen párrafos kilométricos llenos de « azacs y de magüeres, » parecenles *espagnols des Batignolles*.

Pero para creer esto último no hay necesidad de

ser parisiense. Con ser « correcto académico » basta para llamar afrancesados á todos los que no imitan la lengua muerta y el estilo fastidioso de los maestros del siglo XVI.

Escriba usted, como mi amigo Sánchez Pérez, páginas enteras sin un punto, con mucho « *es verdaa que* » y muchísimo « *tanto mas cuanto que* » para unir los párrafos, y don Juan Valera le llamará en el acto « castizo y atildado ». Pero trabaje usted como Benavente, sea usted personal en su estilo, no haga usted estrofas de prosa soporífera, sea usted nervioso, en fin, y escriba como todo el mundo habla, y le llamarán á usted afrancesado.

¿Porque es afrancesado Benavente? ¿Por el espíritu? ¿Por las ideas? No. « Es afrancesado porque *compone* su estilo como en París. »

En París también se escribió hace dos siglos como escriben hoy los castizos en Madrid. La lengua francesa que emplean los artistas actuales no tiene nada de clásica: es una lengua refinada, recortada, arreglada, florida, sutilizada conforme al gusto contemporáneo. El estilo de Bossuet se parece más al de Pereda que al de Edmundo de Goncourt. Francia y España comenzaron juntas á aprender á escribir. Luego Francia ha progresado, mientras que España continúa tratando de manejar « la nunca bien ponderada péñola que sirviera á los ilustres infanzones de los gloriosísimos siglos castellanos para ejecutar los dechados de pulida perfección que han sido en siglos pasados, son en siglos presentes y serán en venidores siglos, asombro de las naciones extranjeras ».

¡Uf!

¡Y eso se llama, sin embargo, entre nosotros, « la naturalidad sencilla y castiza » ! ¡ Y á los escritores franceses que escriben párrafos que pueden pronunciarse sin detenerse tres veces para tomar aliento, se les califica de « artificiosos » !

*
* *

JUEVES. — A medida que la fecha del proceso de Rennes se aproxima, los ánimos parecen exacerbarse más cada día. Ayer una lucha entre militares y paisanos ensangrentó la terraza de un café de Montmartre. Hoy, un oficial judío llamado Klein ha sido muerto por un oficial cristiano en un duelo á sable. Mañana, cuando los testigos principien á decir solemnemente las grandes verdades que Francia espera, Dios sabe lo que sucederá.

El único que en medio de la agitación general parece conservar toda su sangre fría, es el marqués de Galliffet, ministro de la guerra. Nadie, en efecto, se ha mostrado hasta hoy tan sereno, tan enérgico y tan justo en los conflictos que el asunto Dreyfus provoca, como este viejo soldado de rudo carácter y de trágica historia. Obrando cual un autómatas de acero, sin prevenciones de partido, sin lazos de amistad, sin compromisos de compañerismo, hace pesar día tras día sobre las más orgullosas cabezas del ejército la fuerza de la disciplina. Al gobernador militar de París le destituyó de su cargo para castigar uno de sus desplantes contra la prensa. A Negrier, el célebre Negrier, el héroe de Sedán y de

Argelia, el general de más porvenir y de más prestigio, lo destituyó también de su alto cargo de inspector de los ejércitos para enseñarle á ser discreto y á no comentar los actos del gobierno. A un capitán riquísimo que se permitió ofrecer diez mil francos al tesorero de una liga patriótica, condenóle á dos meses de presidio. Y luego, ante los rugidos de la prensa nacionalista, supo hablar como soldado, diciendo: « Mi deber es hacer respetar la disciplina. Mientras yo mande, no habrá ni piedad ni injusticia. Atacar mis actos es lo mismo que atacar la ley. »

Es un hombre extraordinario.

Extraordinario también, aunque de otro modo, es el doctor Vidal, á quien los jueces del Sena acaban de condenar á mil francos de multa por haber practicado con el más completo de los éxitos una pelirosísima operación quirúrgica.

En realidad no fué por la operación por lo que le condenaron, sino por no tener derecho á practicarla. Porque al doctor Vidal no le falta más que una cosa para ser un gran médico, y es, sencillamente, ser médico.

Tipo perfecto del aventurero sin escrúpulo, pero no sin talento, ejemplar admirable del luchador nietzscheano (del *stragleforlelista*, como ahora se dice), Vidal, ignorante y ambicioso, quiso ser algo y hacer algo. En su juventud había ejercido la profesión de viajante. Un día se enfermó, no pudo seguir siendo el judío errante del comercio moderno y entró en un hospital en calidad de enfermo. Al curarse no se marchó, sino que siguió acompañando á los grandes médicos y con especialidad á los grandes cirujanos en sus paseos matinales por las salas

pobladas de moribundos. Una noche ingresó en el hospital un pobre enfermo de gravedad á quien precisaba cortarle dos ó tres tumores internos. El médico se había marchado ya y los internos estaban durmiendo. « ¡Que me lo traigan! » dijo Vidal. Y con maestría increíble cortó las carnes, extirpó el mal y salvó al paciente. Los doctores, admirados, reconocieron que la operación había sido hecha de mano maestra. Pero los jueces condenaron al sabio de ocasión.

En cambio, absolvieron pura y simplemente á una mujer que por celos infundados disparó cinco tiros á su marido.

Los jurados del Sena han sido siempre sentimentales y caballerescos. Los crímenes inspirados por la pasión les parecen excusables. Los actos de valor personal les son simpáticos. Las grandes aptitudes teatrales les entusiasman. A Deroulède, sublime fantoche de la patriotería andante, reo convicto y confeso de crimen contra la República, le aplaudieron pocas semanas hace; á Morès, matador del capitán Meyer, casi le felicitaron por su coraje melodramático; á la mujer de un diputado que quiso vengar la honra de su esposo asesinando á un pobre periodista, la absolvieron por unanimidad. En París pueden cometerse impunemente todos los delitos pasionales. Mas ¡ay del que teniendo hambre se atreva á robar un pan! Para éste los rigores de la ley son siempre pocos, y si por casualidad cae entre las manos de un juez piadoso y se ve perdonado, el procurador de la República está allí para reclamar en el acto un nuevo proceso contra él, como sucedió el año pasado con el « ladrón de pan » de Maison Laffitte

Al fin y al cabo en esto, como en casi todo, París es igual á los demás pueblos del mundo.

En casi todo, sí. ¿No habéis oído decir á algunos artistas españoles que para ser lógicos con nuestras ideas de progreso y de modernismo sería necesario trasladar la escuela artística de Roma á París? Naturalmente, ningún ministro se atreverá á hacerlo. Roma tiene el prestigio de su nombre; en el siglo xvi Roma fué la gran ciudad del arte; un pintor español que no hubiese estado en Roma se desacreditaría; Castelar mismo aumentó el número de los « premios de Roma ». Y mientras franceses y españoles van á Italia pensionados por sus gobiernos, los italianos que sobresalen en las artes vienen á París con sueldos llamados del Fomento de las Artes. El único país que se ha atrevido á romper con la antigua y fatal rutina del viaje á Roma, son los Estados Unidos, que acaban de fundar los « premios de París », y que han adquirido ya para alojar á sus pintores y escultores pensionados un hotel magnífico en el barrio de Montparnasse.

Massard, el distinguido retratista, decíame hoy mismo: « Entre España é Italia, yo cogería España como residencia de pintores jóvenes. Los modelos italianos hacen muchísimo daño, pues obligan á continuar falseando nuestra visión personal con el amaneramiento azucarado de sus grandes maestros, Rafaeles, Ticianos y Veroneses. En España, por el contrario, todas las influencias son realistas, humanas, palpitantes. Ribera es un modelo fatal, sin duda; pero al lado de Ribera está Velázquez, el más grande de todos, y el divino Greco, y Goya el insuperable, y otros muchos. En cuanto á la escultura,